

LUIS TEJADA, VANGUARDISMO O LA GUERRA ENTRE ESTAMENTOS INTELECTUALES

DOI: 10.24142/unaula.n44a2

SANTIAGO PÉREZ PARRA*

* Estudiante de Ciencias Políticas. Semillero Ítaca. Intellectuales de América Latina y Colombia.

Introducción

Hace ya cien años murió el cronista Luis Tejada (1899-1924). Vivió en un ambiente conservador, tradicionalista, católico, donde se suprimieron las libertades de expresión y de prensa. A pesar de eso, y desde la ironía y la paradoja, emprendió una tarea intelectual en diarios como *El Espectador*, *Rigoletto* o *El Sol*. En la mesa de redacción de *El Espectador* conoció a grandes figuras de la política colombiana: Gabriel Turbay, José Vicente Combariza y Alberto Lleras Camargo. Fue discípulo de Tomás Carrasquilla e hizo parte del grupo «Los nuevos» –hombres de una nueva cultura– junto a los poetas León de Greiff,

Luis Vidales y el caricaturista Ricardo Rendón. Sin embargo, su obra en crítica política, literaria y cultural ha quedado en desuso, su prosa en el olvido y su figura en estanterías empolvadas. Ha sido víctima del desinterés y del desentendimiento tanto del lector como de la academia. Incluso, ha sido ignorado al hablar de la generación de “Los nuevos”, a pesar de ser uno de sus más importantes movilizadores. Ejemplo de esto es el trabajo de Gaviria Liévano (2010), en el que homologa a la generación con el grupo de la revista surgida en 1925, lo cual lo llevó a no considerar a Tejada como miembro de «Los nuevos» y a reducirlo al papel anecdótico del entonces estilo de vida. Lo redujo a medio párrafo, para advertir que «murió en su salsa». En este sentido, el de su no reconocimiento, y en ánimo de conmemorar el centenario de su fallecimiento, el presente artículo abordará una de las muchas facetas del llamado «pequeño filósofo de lo cotidiano».

Apuntes biográficos de Luis Tejada

Luis Carlos Tejada Cano nació en Barbosa. Parecía que su labor periodística y política estaba ya premeditada, nació en uno de los momentos más agitados de la historia nacional: cuando estalló la Guerra de los Mil Días (1889). Se formó bajo la tutela de una familia liberal radical. Su padre, Benjamín Tejada, fundó colegios laicos en el municipio de Pereira e impulsó un enfoque “moderno” de pedagogía. Además de fundar, en elogio de su presunto antepasado y prócer, un periódico titulado *Patria de Córdoba* (1898-1899) donde esperaba –sin ningún éxito– rebatir a los rionegrenses que negaban su linaje (Cano, 2021). Más tarde, fundó en Medellín el periódico *Antioquia industrial* (1905-1906) en el que, como en otros periódicos temperantes de la época, se pretendió alejar los vicios del trago y se defendió la abstinencia, la buena educación y se acusaba públicamente a los «reincidentes étlicos» (Asociación Colom-

biana de Historiadores, 2015). Debido a la inspiración del general Rafael Uribe Uribe, Tejada padre siguió el lema de «¡Más escuelas y menos tabernas!» (Cano, 2021). Por lo tanto, también realizó giras promulgando la creación de sociedades temperantes. Tal fue el caso de una gira en el Viejo Caldas a finales de 1921, pero enfermó y tuvo que dejarle la tarea a su hijo. Para entonces, Luis Tejada ya era el presidente de la Asociación de Cronistas, representaba núcleos obreros en Medellín y era un escritor reconocido en la región (Cano, 2021); no era de extrañar que su padre lo considerara para dirigir las charlas. Pero la temperancia era cosa ridícula para Tejada. Una vez encargada la tarea, se ocupó de lo contrario, movilizó a las gentes para llegar a las tabernas y al alcohol. Tejada se aseguró de que toda charla terminara en borrachera. Así, agravando la relación con su padre. Por otra parte, Luis Tejada también era familiar del fundador de *El Espectador*, Fidel Cano; y del entonces director, Luis Cano. Además de ser sobrino de la socialista y agitadora social, María Cano.

Luis Tejada era, desde temprana edad, un heterodoxo, un rojo, un hereje. Era toda una personalidad. No tenía respeto alguno por la autoridad. Se narra que en sus años de estudiante normalista transgredía los reglamentos, organizaba charlas, tertulias, agitaciones y huelgas. Era un inconforme. Por lo mismo, no pudo graduarse de la Escuela Normal en 1916. El mismo año Tejada suscitaría, en una carta a sus padres, uno de los muchos desencuentros que tuvo con la autoridad, escribiendo lo siguiente:

— Yo no le firmo a usted el diploma.

— Procuraré no dárselo a usted para que me lo firme le dije .

A mí no me cortan carrera por cualquier piedra que me pongan en el camino. Ya conoce mis flechas.

Otra vez me dijo:

— Tendré que cortarle las alitas, señor Tejada.

Y le respondí:

— No deja de ser peligroso, señor, mis alas suelen ser alas de cóndor (Cano, 2021).

Tejada era fácilmente reconocible por donde fuera. Pero no sólo por su sombrero, sus trajes descuidados, sus libros desdeñados, o por la pipa que siempre traía llena de morfina (Cano, 2021), sino por su actitud siempre irónica, con la que incluso se reía ante la muerte. Recordado es uno de los muchos encuentros que tuvieron Luis Tejada y Tomas Carrasquilla en Bogotá, en el que les dieron noticia de la muerte del general caucano Isaías Luján. Recibida la noticia, se narra que Carrasquilla, tal vez ya combatido por la hartura, quedó pensativo, guardando un prudente silencio; pero Tejada, con ímpetu y de forma inmediata, preguntó que cómo era posible aquella muerte. Para luego, hasta justificándose, añadir: «porque un hombre que lleva tan larga y densa historia de ridículo debería estar inmunizado contra el dolor y la tragedia» (Cano, 2021). Lamentablemente, parecen no ser suficientes las fuentes para comprobar por completo la conjetura de Tejada, fuera del fracaso de Luján tras dejar escapar a las fuerzas rebeldes en la guerra de 1895 en Casanare (Coba, 2013), su indocumentada participación en la Guerra de los Mil Días, y una administración como ministro de Guerra y Defensa mal datada (Armada Nacional de Colombia, s. f.). Pero la cuestión es que Luis Tejada fue una personalidad inconforme, bohemia, que no temía cuestionar la cultura y la autoridad, como también se verá en su escritura.

Luis Tejada, vanguardismo o la guerra entre estamentos intelectuales

Escribió sobre diversos temas. Tejada habló del perro de Schopenhauer, del porqué hay que defender la idea de que el Diablo exista, de la religión del árbol, del porqué hay que detenerse en los ventanales a

mirar las moscas y del porqué, más que escuchar a los abogados, la prensa debería ocuparse con el relato de la vaca. Mediante sus escritos, fue un acérrimo defensor de ideas que, en primera instancia, parecían disparatadas. Pero cualquiera que se aventure a leerlo encontrará allí un trasfondo que, si no es filosófico, es creativo. Tejada y otros de sus contemporáneos, representaron una ruptura tanto literaria como cultural. La escritura de Tejada se distanciaba de la literatura producida hasta el momento, pero no sólo en temas de forma, sintaxis, lecturas o referencias, sino del propósito y del contenido. Cuestionaba y criticaba, sin reparo, todo lo que veía. Incluso, la literatura de las generaciones inmediatamente anteriores a él. Su obra podría interpretarse como una carta de guerra abierta a los estamentos intelectuales; en contra, tanto de la generación centenarista con su perspectiva cosmopolita y literatura afrancesada, como en contra de la generación regeneracionista, para aquel entonces gobernante, con su perspectiva gramatical, hispanista y grecolatina. Dijo que la obra de Asunción Silva «ya no es bella, decididamente» (Tejada, 1922), calificó a Guillermo Valencia de «*condottiero*» y dijo que su literatura era a lo mucho «dos o cuatro versos marmóreos» (Tejada, 1922), y a la generación de Sanín Cano la acusó de «generación erudita meritoria, pero vieja e inútil (...), de amables diletantes que no han tenido una inspiración original» (Tejada, 1922). Finalmente, a Marco Fidel Suárez lo calificó de sofista, ya que la verdad «la descoyunta, la diluye, le quita la crudeza real» y, «con precisión absurda de silogismo (...) junta y cohesiona cosas irreales, injustas o falsas aplicándoles una forma de teoría superficialmente aceptable» (Tejada, 1919).

Por otra parte, también hubo, en la prensa de Tejada en aquellos años, exaltaciones a compañeros y miembros de su generación. En elogio a su amigo Luis Vidales, Tejada publicó un artículo en *El Sol*, presentando el trabajo del poeta como un bálsamo en contra de «esa literatura

torturada y funambulesca del siglo pasado» (Tejada, 1922). También, ya no en elogio a las letras, en el “Día a día” de *El Espectador*, enalteció la exposición en el Salón Samper de las obras del caricaturista Ricardo Rendon, obra sorpresiva por «la ironía sana, riente, con la que el artista sabe tratar los asuntos» y por ser opuesta a «esa torturante tradición humorística de dibujantes y escritores nuestros, de ese prurito cruel de satirizar biliosamente, de esa preferencia de ironías mordaces que dejan en el alma un amargor de hiel» (Tejada, 1918).

Pero la máxima expresión de la guerra estamental de Tejada fue su crítica vanguardista. Vanguardismo entendido como la crítica a la institucionalidad del arte, lo que, a su vez, conlleva una vocería en tanto a un estilo de vida disidente, contrario a la tradición, integrando un ideal político que permita la reflexión acerca de la posesión del campo cultural (Cano, 2013). Lo cual Tejada logró personificar en el corto periodo de siete años escribiendo en la prensa, criticando la cultura que había heredado y mofándose de las personalidades de la política nacional. Pero, más específicamente, con su participación en el grupo de Los Arquilókidas. Conformado, entre otros, por Ricardo Rendón, Hernando de la Calle, Juan Lozano y Lozano, León de Greiff y Silvio Villegas. Era un sincretismo ideológico. Pero aquello no les impidió confabular en contra de personalidades como el expresidente Marco Fidel Suárez, el periodista Tomás Ruedas Vargas, o el acérrimo enemigo de los seguidores del poeta de Paros, el centenarista Agustín Nieto Caballero (Cano, 2021). El grupo incluso se atrevió a dirigir una carta a la Academia Colombiana de la Lengua, entonces dirigida por hispanistas. La carta fue publicada en *La República*, se puede leer de ella la demanda de Los Arquilókidas por la publicación de nombres de los integrantes de la institución para que, con ánimos de transgredir, los dejaran «empalados y estrangulados sin misericordia» (Los Arquilókidas, 1922). Entonces el grupo no temía

hacer uso de vocablos violentos que, con ironía o no, les permitían criticar a las figuras intelectuales de la época. A su vez, se mofaban de ellos, los trataban de miopes, de ancianos austeros y de célebres fósiles (Los Arquilókidas, 1922). Abogaban por un nuevo sentido del intelectual y de la academia que, desde Tejada, ya se podría vislumbrar. Un nuevo tipo de intelectual que ya no estuviera supeditado a la tradición, a la cultura, al cargo público o a las reglas gramaticales.

Las vanguardias, explica Renato Poggioli (1962), son un fenómeno social, precisamente, por el carácter antisocial de sus manifestaciones; existe una relación problemática entre vanguardia y sociedad. No era entonces inusual la cantidad de transgresiones y críticas que Los Arquilókidas publicaban. Pero aquel componente tan antisocial que denota Poggioli, no permitía a los movimientos vanguardistas conseguir apoyo de las gentes, sobre todo en entornos tradicionales. Incluso Ortega y Gasset, que prefería el término de «arte deshumanizado, nuevo o joven», advertía que, si bien podía ser el estilo propio de la nueva generación, también era prueba de un radicalismo intelectual que sólo podía florecer en entornos con una disposición social ante el arte y la cultura como en la sociedad italiana o francesa (Poggioli, 1962). No fue caso igual para el grupo de los Arquiloquios que, tras las críticas de Nieto Caballero y la pobre recepción por un país conservador, tuvo que desarticularse. La mayoría de los integrantes, exceptuando a Tejada, volverían de manera inmediata, tras la victoria de la candidatura de Pedro Nel Ospina, a la prensa liberal y civilista.

Conclusiones

Luis Tejada retomó su labor periodística más tarde en el diario *El Sol*, que fundó junto a José Vicente Combariza, con ochocientos pesos que les entregó el líder liberal Benjamín Herrera, en el café Windsor

(Cano, 2021). El propósito de esa revista era, también, el de hacer crítica literaria, cultural, pero, sobre todo, política. La motivación de Herrera en el momento de financiar a los dos jóvenes periodistas era la de impulsar la opinión no civilista desde el partido liberal, con esa misma transgresión que seguramente había identificado en la escritura antisocial de Tejada y de Los Arquilókidas. El proyecto de *El Sol* no duró mucho. Estuvo truncado por la falta de recursos y tuvo la vida raquítica de poco más de un mes (Cano, 2021). Tejada seguiría en la prensa otros dos años, pero de nuevo en *El Espectador*. Sería presidente del primer grupo comunista de Colombia en Bogotá, terminaría alejándose de su guerra entre estamentos intelectuales. Continuaría, sin embargo, su lucha obrera. El profesor y biógrafo de Tejada, Gilberto Loaiza (2021), fuente principal para este artículo, recalcó que Tejada pasó de ser el eterno perezoso que se entretenía emborrachando a la gente o mirando los sombreros, al Tejada que era líder del grupo comunista, que trabajaba todo el día escribiendo o visitando centros obreros. Un Tejada que ya no estaba tan enfocado en el trabajo literario, pero que promulgó la necesidad de separar a la Iglesia del Estado, que escribió defendiendo la creación de una Oficina de Trabajo y, inspirado por la racionalidad de Rafael Uribe Uribe, que pregonó la imperatividad de crear un partido obrero.

Independientemente de que Tejada se trate, lo cierto es que su pensamiento y vida resultan valiosos para transitar sobre uno de los momentos más interesantes de la historia nacional. Su obra, aún por analizar, compone una de las críticas culturales y políticas más extensas de la época. Figura insoslayable si se pretende entender el drama «los nuevos», su fugaz, pero substancial ruptura con las generaciones anteriores, y la entonces nueva manera de entender la literatura, la manera de vivir y la prensa. Es ineludible, de igual manera, su participación en la composición del movimiento obrero tanto por lo que hizo en vida, como por

las influencias que tuvo en el pensamiento de José Vicente Combariza y María Cano. Por muchos años, la causa de Tejada fue un misterio, fue tan repentino que pudo haber sido cualquier cosa. Hubo varias tesis, pudo ser la fiebre, la tuberculosis, la hartura o, incluso, la tristeza por la muerte de su hijo recién nacido. Tejada sería derrotado por la sífilis en 1924 (Cano, 2021), entrado a sus veintiséis años, no lograría ver el desarrollo del movimiento obrero, ni tampoco la victoria del liberalismo en 1930. Lo que sí aún no es posible resolver es el interrogante de ¿por qué, a pesar de su importancia en la historia cultural y política, sigue siendo ignorado por la academia y la ciudadanía colombiana?

Referencias

- Armada Nacional de Colombia. (s. f.). Sitio web de la Armada de Colombia. Recuperado el 28 de mayo de 2024, de <https://www.armada.mil.co/es/content/dí-del-ministerio-de-defensa>
- Asociación Colombiana de Historiadores. (2015). “La paz en perspectiva histórica”. *Memorias. Congreso Colombiano de Historia*, 49-60. Obtenido de <https://publicaciones.unaula.edu.co/index.php/revistaUNAULA/article/view/1551/1917>
- Cano, G. L. (25 de octubre de 2013). “La vanguardia en Colombia durante los primeros decenios del siglo XX”. *Estudios de literatura colombiana* (4), 9-22. doi: <https://doi.org/10.17533/udea.elc.17233>.
- Cano, G. L. (2021). *Luis Tejada y la lucha por una nueva cultura (1898-1924)* (Segunda ed.). Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Coba, J. W. (2013). “La guerra civil de 1895 en Casanare: continuación y fin de la guerra”. En: *La Guerra Civil de 1895 en Casanare* (págs. 41-60). Bogotá: Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Javeriana. Obtenido de <https://repository.javeriana.edu.co/bitstream/handle/10554/14301/RiveraCobaJaimeWilson2013.pdf?sequence=3>
- Liévano, E. G. (2010). *“Los Nuevos” en la historia de Colombia. Una generación militante (1925-1999)*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia.
- Los Arquilókidas. (26 de junio de 1922). Los Arquilókidas a la Academia. *La República*.

Santiago Pérez Parra

Poggioli, R. (1962). *Teoría del arte de vanguardia*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Tejada, L. (23 de julio de 1918). "El humorismo". *El Espectador*, "Día a día".

Tejada, L. (3 de abril de 1919). "Suárez, el sofista". *Rigoletto*, "Editorial".

Tejada, L. (30 de noviembre de 1922). "Guillermo Valencia". *El Sol*, "Hombres y cosas".

Tejada, L. (4 de diciembre de 1922). "Guillermo Valencia". *El Sol*, "Hombres y cosas".

Tejada, L. (24 de mayo de 1922). "José Asunción Silva". *El Espectador*, "Gotas de tinta".

Tejada, L. (26 de diciembre de 1922). "Luis Vidales". *El Sol*, "Hombres y cosas".